

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Tercer grado
Estudios Sociales

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Tercer grado
Estudios Sociales

La vida en el campo

Alexandra Cando

Todos creerán que la vida en el campo es aburrida e incluso que es lugar para personas iletradas que solo se dedican a la agricultura y la ganadería, que no saben nada de avances tecnológicos. Pero yo los contradigo en su ideología, a la vez que los entiendo, pues no tuvieron la oportunidad de compartir con la naturaleza, como lo hice yo, de ver al sol deslumbrar y cobijar con sus cálidos rayos al páramo, de contemplar a los animales cuando esperan el alba para comenzar sus actividades, así como nosotros.

El campo, este lugar tan maravilloso, lleno de colores vibrantes, de sentimientos ocultos, está lleno de cuentos y leyendas que en algún momento de mi infancia mis abuelitos, mis tíos e incluso mis padres me supieron relatar. Estos, de una manera u otra, me dejaron una enseñanza que me sirvió para forjarme como una persona profesional. Esta vez no contaré las típicas leyendas, porque ya las deben conocer, lo que les contaré en esta ocasión es una experiencia que no olvidaré, ya que me siento muy afortunada de haberla vivido, y que comenzó así:

Hace algunos años, cuando era una niña muy curiosa por cierto, me gustaba descubrir nuevos paisajes que nadie hubiera visto antes. En ese entonces mi abuelito era propietario de unas hectáreas de terreno en una especie de barranco, por ese motivo ni a mí ni a mis primos ni hermanas nos dejaban explorar. Yo sentía mucho coraje, pues mi instinto me decía que ahí podría encontrar cosas maravillosas, cosas de otro mundo; motivada por esos pensamientos, me adentré en lo profundo de ese lugar, tomando las precauciones necesarias para no perderme.

Entre ramas y caminitos escondidos, llegué a cierto lugar, el cual era mejor y aún más bonito de lo que había imaginado. Había riachuelos, florecillas de todos los colores, minicascadas que se pintaban con la luz del sol, pero lo más fascinante fue que pude observar a lo lejos a un venado, tan majestuoso como si fuera el príncipe de esas laderas.

Todo era de ensueño hasta que un rugido lo asustó e incluso a mí, me escondí y desde mi escondite vi lo que me asustó, “hermoso pero aterrador”, me dije. Parecía un perro, pero era más grande e infundía mucho más respeto. Aquello que estaba viendo era un lobo, que bebía un poco de agua de la cascada y se veía cansado, parecía haber recorrido un largo camino. Después de acabar con lo que hacía, siguió su camino, sin mirar atrás, hasta que desapareció por completo.

Yo, por el contrario, decidí ver qué más había en el lugar. Fui feliz cuando vi pequeños peces nadando en el agua, puesto que estos animalitos cautivan mi atención; vi cosas tan excitantes que no quería salir del lugar. El mismo sol que indica el comienzo del día me avisaba que también terminaría. Con mucho por explorar aún me dispuse a salir para volver al día siguiente, y así lo hice. Volví donde todo comenzó, pero no encontré el camino para llegar al lugar donde había sido tan feliz con pequeñas cosas. Me dirán que exagero, o tal vez que miento, pero a mí este hecho me entristeció mucho, porque nunca pude volver a aquel lugar. Sin embargo, aún guardo ese paisaje y esos animales tan maravillosos en mis recuerdos, en mi mente, y no seré capaz de olvidarlos jamás.

Alexandra Beatriz Cando (1978). Trabaja en la Unidad Educativa Dr. José Ricardo Chiriboga Villagómez. Este relato fue seleccionado en el concurso “Nuestras propias historias”, organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

Mi día

Francisco Dávila Grijalva

Mi día comienza muy temprano en la mañana, a eso de las cinco y media, aunque debería decir que comienza antes, ya que desde las tres de la mañana me despierto de vez en cuando y ya no puedo conciliar el sueño del todo, porque mi hermana, que también se despierta, me hace jugar y conversar un rato. El que nunca se despierta es mi papá, que solo cuando hacemos excesivo alboroto nos dice que nos callemos.

Bueno, me levanto y desayuno una taza de leche fría, ya que caliente no me gusta. Nunca desayuno mucho. A eso de las seis y media todos mis parientes se van a hacer sus diferentes actividades: trabajar, estudiar; y yo y mi hermana nos quedamos en el cuarto acostados por la mala noche y jugando de rato en rato.

A eso de las nueve de la mañana llega la empleada y nos abre la puerta de nuestro cuarto para que salgamos. Enseguida salimos a pasearnos por toda la casa. Con mi hermana vamos, siempre juntos, a pasear por el jardín. Jugamos hasta eso de las once de la mañana, hora en que nos vamos a dormir una siestecita al cuarto de nuestra tía. Una hora después nos vamos a comer un rico plato, el cual nunca nos acabamos, porque comemos poco.

A eso de la una de la tarde llega nuestro abuelo que, aunque un poco cascarrabias, es bueno. Lo malo de él es que siempre nos habla por subirnos a los asientos o por sentarnos en la mesa. A las dos y media llega nuestra tía, que es excesivamente cariñosa y cada que nos ve nos trata de amargar, cosa que ya no le dejamos con tanto agrado. A eso de las cuatro llega mi tío, que siempre nos pregunta si hemos comido todo y nos da más comida si tenemos hambre. A las cinco llega mi abuelita con mi otro tío. Ella siempre cariñosamente nos saluda, y mi tío siempre con sus bromas y travesuras.

A las seis y media llega nuestro papi de sus clases y juega con nosotros un rato. Él casi nunca se pone bravo con nosotros, solo si hacemos una travesura extremadamente grave. Luego, todos a comer. Después de la cena, mientras nuestro papi y tío conversan y estudian, nosotros vemos televisión, jugamos y descansamos. A eso de las nueve y media nos dormimos, para que al siguiente día todo comience otra vez.

Por cierto, ahora que ya conocen mi vida, me voy a presentar: Me llamo Matute y mi hermana se llama Tigresa; somos dos gatitos.

Francisco Dávila Grijalva (1981). Escritor y médico ecuatoriano. Entre sus obras destacan *El extraño planeta Uruk*, *Sacha*, *Simba*, *Inconcluso*, *La pesadilla en la isla*.

La pelota

Felisberto Hernández

Cuando yo tenía ocho años, pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita —pronto para correr— yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes, y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo, ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos.

Cuando me di cuenta de que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra. Y que no había más remedio que conformarse con esta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo

sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi cómo ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio, el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo.

Después de haberle dado las más furiosas patadas me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquel era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio.

Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes comíamos dulce de membrillo). En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una “patada” bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes.

Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración y después yo me fui quedando dormido.

Tomado de MECyT – SE – SPU. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: PNL, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Felisberto Hernández (1902-1963). Escritor uruguayo y músico notable. Es un maestro en el género del relato breve, aunque también escribió novela.

El pequeño yo soy yo (fragmento)

Mira Lobe

Por la pradera cubierta de flores pasea un animalito variopinto.
Camina entre los verdes arbustos, camina entre las palmeras.
Se alegra de que los pájaros canten, se alegra de ver las mariposas, se alegra de poder alegrarse...

Pero entonces...

...entonces aparece una rana que altera su paz y le pregunta:
“¿quién eres tú?”

Él se queda perplejo, mira desconcertado a la rana: “no lo sé”.

La rana croa y dice: “¡Qué cosa, tú!

Eres un animal sin nombre.

El que no sabe cómo se llama, no sabe quién es. El que olvida
quién es, es un tonto”.

En la pradera cubierta de flores el animalito variopinto ya no
quiere quedarse.

A alguien va a preguntar, alguien tiene que decirle quién es él.

“¡Buenos días, yegua madre!,

buenos días, potrillo,

¿son ustedes, tal vez, animales que se ven como yo?

Porque yo soy...

...no sé quién soy...

Me volteo a mirar hacia uno y otro lado, quiero saber quién soy”.

“Pequeño”, dice el potrillo, “tus cabellos ondean con el viento, como
los míos, pero tus pequeñas piernas son demasiado cortas, y tus
orejas mucho más largas que las mías.

No, tú eres otro animal”.

También la yegua lo empuja suavemente con su hocico.

“Nunca serás un rocín, tal vez un conejo-gato-perro; o, si no, un
animalito variopinto.

Tienes una cara graciosa, pero ¿un caballo? ¡Eso sí no eres!”

También la vaca le dice: “¡Qué cosa, tú!

¿Qué animal eres entonces?”.

La oveja y la cabra también intervienen: “¡no, un caballo, eso no
eres tú!”.

A un bote de remos que pasea sobre el agua agitada sube el ani-
malito variopinto y se dirige hacia los peces.

“Buenos días queridos peces, mírenme todo entero por delante y por detrás.

¿Tal vez alguno me puede ayudar?

Porque yo soy...

...no sé quién soy.

Nado de aquí para allá y de allá para acá, y quiero saber quién soy”.

Todos los peces, pequeños y grandes, se acercan rápidamente, aleteando alegremente.

Sorprendidos, burbujeando, le dicen: “¡Qué cosa, tú!

Lo sentimos mucho, animalito variopinto.

Tienes dos ojos al igual que nosotros, tampoco eres un mal nadador, pero ¿un pez? ¡No!

¡Eso nunca jamás!”.

Sobre las agitadas aguas y en el ágil bote sigue navegando el animalito variopinto, dejándose llevar por las rápidas olas cada vez más lejos.

Tomado de Lobe, M. (2017). *El pequeño yo soy yo*. Quito: AJ Design.

Mira Lobe (1913-1995). Escritora y guionista austriaca. Su verdadero nombre es Hilde Mirjam Rosentrhal. Su obra literaria ha recibido varios premios.

Tiempo de sequía (fragmento)

Marietta Cuesta

Era un tiempo de sol, de mucho sol, de sol quemante; es verdad que los días se veían más claros, más dorados, que el cielo parecía transparente; es verdad que no había barro en el camino, pero... si se extendía la mirada podía verse el río flaco y macilento, los sauces, los retamos y alisos agotados por la sed; los eucaliptos como si fuesen hombres encanecidos antes de tiempo.

Y si se miraba más allá, los capulíes llevaban ramas envejecidas, los huertos marchitos. Las cañas de maizal no habían pasado el medio metro por falta de la lluvia y las legumbres y muchos cereales tampoco querían reventar sus yemas vegetales, pues el sol se había propasado en su generosidad volviéndose agobiante.

Un campesino, salió una mañana de esas a mirar su sementera entre amarillenta y café-musgosa. Iba con su hijo Pedro, quien, notando la tristeza de su padre, preguntó:

—¿Papá, por qué te has vuelto triste?

—Es que las plantas se mueren por falta de riego, mira las ovejas y las cabras, apenas tienen para triscar unas cuantas pencas viejas.

—¿Podemos traer agua del pozo?

—No, Pedrito. El agua del pozo apenas alcanza para nuestro gasto, y eso también porque procede de aquel hermoso manantial que antes teníamos.

—¿Y el arroyo, papacito?

—El arroyo no es nada más que un hilillo de agua putrefacta.

—¿Por qué entonces no traemos agua desde el río?— añadió Pedrito, pensando dar la solución.

—Es que no puede ser. El río corre por el declive, y mal podemos subir el agua por la larga pendiente. Además, está lleno de membranas sucias y espesas debido a la sequía.

—¿Es decir que no tendremos choclitos este año?

—Ni choclitos, ni una sola semilla para recomenzar la siembra.

Al darse cuenta de la terrible angustia de su padre, el niño miró el sol quemante y alzando sus puños dijo:

—¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! No te quiero. Antes te quería mucho, cuando eras bueno, cuando no robabas el calor de las flores, la frescura de las plantas, cuando no te tomabas el agua que ahora necesitan los sembradíos y los animalitos; y pensó llorar y llorar hasta que renacieran las plantas moribundas.

—¿Por qué no pones atención, Pedrito?— preguntó el maestro.
—Porque mi padre está triste; porque mi casa está triste, porque mi perrito está triste, porque todos nos sentimos tristes, y este año no tendremos qué comer— y, sin poder contenerse se puso a llorar a borbotones.
—¡Es cierto!, ciertito, señor profesor, nuestras sementeritas están secas, y no tendremos nada para comer.
Y contagiándose del llanto de Pedrito todos los compañeros se pusieron al llorar, convirtiéndose en una clase de lamento coral que por poco volvieron loco al pobre profesor.
—Es un tremendo problema esto de la sequía, no debimos talar árboles sin necesitarlo. No debimos quemar el pastizal ni el monte. No debimos haber contaminado los ríos. Debimos haber fabricado grandes pozos de reserva para regar las sementeras— decía el profesor, mientras los niños continuaban llora que te llora, y no calmaron de llorar ni siquiera llegando a casa, en donde Pedro siguió llorando a mares.

No sé si fue un milagro, pero el cielo se compadeció por el llanto de los niños y llovió una lluvia de frescura. Se volvieron a llenar los ríos, los riachuelos, las quebradas, y el manantial volvió a fluir con agua fresca y cristalina. Los árboles extendieron sus ramas hacia el firmamento, las hierbas dieron sus primeros brotes y los sembríos verdecieron poco a poco.

Desde ese día los campesinos se organizaron y, mediante mingas, construyeron grandes canales con el objeto de ahorrar el agua. Aprendieron que debían prevenir antes que lamentar futuras y negativas consecuencias.

Tomado de Cuesta Rodríguez, M. (1999). *Ensueños para la infancia*. Cuenca: INNFA.

Marietta Cuesta (1946-2014). Escritora ecuatoriana. Entre sus obras destacan *Antigua voz de luna*, *Nectaribias*, *Poemas del dosmiluno*, *Metáforas prohibidas*, *Microrrelatos de una sombra*, *Pauperrimundo*, *Ensueños para la infancia*, entre otras.

Uga, la tortuga

Juana Rosa Naranjo Santana

—¡Caramba, todo me sale mal! —se lamenta continuamente Uga, la tortuga. Y es que no es para menos: siempre llega tarde, acaba la última sus tareas, casi nunca consigue premios a la rapidez y, para colmo, es una dormilona.

—¡Esto tiene que cambiar! —se propuso un buen día, harta de que sus compañeros del bosque le recriminaran su poco esfuerzo al realizar sus tareas; y es que, había optado por no intentar siquiera realizar actividades tan sencillas como amontonar hojitas secas caídas de los árboles en otoño o quitar piedrecitas del camino hacia la charca donde chapoteaban los calurosos días de verano. —¿Para qué preocuparme de hacer un trabajo que luego acaban haciendo mis compañeros? Mejor es dedicarme a jugar y a descansar.

—No es una gran idea —dijo una hormiguita—. Lo que verdaderamente cuenta no es hacer el trabajo en un tiempo récord; lo importante es acabarlo lo mejor que sabes, pues siempre te quedará la recompensa de haberlo conseguido. No todos los trabajos necesitan de obreros rápidos. Hay labores que requieren tiempo y esfuerzo. Si no lo intentas, nunca sabrás de lo que eres capaz de hacer, y siempre te quedarás con la duda de si lo hubieras logrado alguna vez. Por ello, es mejor intentarlo y no conseguirlo, que no probar y vivir con la duda. La constancia y la perseverancia son buenas aliadas para conseguir lo que nos proponemos; por ello, yo te aconsejo que lo intentes. Hasta te puede sorprender de lo que eres capaz.

—¡Caramba, hormiguita, me has tocado las fibras! Esto es lo que yo necesitaba: alguien que me ayudara a comprender el valor del esfuerzo; te prometo que lo intentaré.

Pasaron unos días y Uga se esforzaba en sus quehaceres. Se sentía feliz consigo misma pues cada día conseguía lo poquito que se proponía, porque era consciente de que había hecho todo lo posible por lograrlo.

Tomado de <https://bit.ly/2TmVUSq> (18/05/2018)

Juana Rosa Naranjo Santana. Escritora española.

La chilca que quería ser otra flor

Ana María Rivadeneira

En un cierto jardín había rosas, claveles, tulipanes, margaritas, girasoles, de todos los colores, y una hermosa orquídea dorada. En una esquina alejada, tapada con hojas secas, se encontraba la Chilca, toda ella sin olor, descuidada, se preguntaba por qué nadie la quería y siempre se alejaban de ella.

Un día, la Rosa Azul se acercó y le invitó al Concurso de la flor más bella del jardín. Ella se emocionó y aceptó. Inmediatamente comenzó a preparar sus mejores galas, pero se miró al espejo y se dijo: “No tengo nada de hermosa, carezco de color y de un olor exótico como las flores del jardín”. Entonces comenzó a pegarse en las ramas y los pétalos de todas sus compañeras, pero las demás empezaron a reírse y a burlarse de ella.

La Chilca salió corriendo muy triste y, llorando, se refugió en una esquina. Lloró inconsolablemente por muchos días, hasta que su corazón se llenó de odio y rencor contra todas las flores. Comenzó a echar sus raíces por todo el jardín y esto ocasionó que las demás flores se marchitaran poco a poco.

La reina Orquídea Dorada fue a conversar con la Chilca para saber el porqué de su enojo, así que esta le contó cómo todo el jardín se había burlado de ella el día antes de la elección. La Orquídea le respondió:

—Tú no debes hacer caso de lo que digan los demás, piensa en ti. Ellos no conocen cómo tú eres. Por fuera puedes fingir, pero tu verdadera esencia es tu corazón. Los demás siempre te juzgarán. Debes amarte y aceptarte. Tú floreces en cualquier lugar, mírame a mí —dijo la Orquídea—, yo solo florezco una vez al año y deben cuidarme mucho para no morir. Pues todo lo que brilla no es oro —recalcó la Orquídea, se despidió de la Chilca y salió.

Al día siguiente, la reina Orquídea visitó el jardín y se sorprendió del cambio de las flores, pues habían recuperado su belleza. La Chilca fue a la elección y, para su sorpresa, fue coronada como la más bella por su valor para reconocer sus errores y pedir disculpas a todo el jardín. Al dar su discurso, la Chilca recalcó que la mayor riqueza es aceptarnos como somos, con defectos y virtudes, ya que todos somos un mundo diferente. A partir de ese día todas las flores del jardín recapacitaron y fueron felices para siempre.

Ana María Rivadeneira (1984). Es madre de familia en la Escuela de Educación Básica República de Irlanda. Este relato fue seleccionado en el concurso “Nuestras propias historias”, organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

Aventura en el Ilaló

María Eugenia Paz y Miño

Unos niños fueron de excursión al monte Ilaló, ubicado cerca de Quito, en donde hace miles de años vivieron los primeros habitantes del Ecuador. Los niños llevaban cometas de colores y, al llegar a lo alto, las hicieron volar.

La cometa de Berta se soltó y empezó a remontarse por el aire sin control. Ella corrió para alcanzarla; sin embargo, la cometa se iba más y más lejos, hasta caer a la entrada de una cueva. Los demás amigos no lo notaron y pronto recogieron sus mochilas para emprender el regreso.

Ya habían caminado un buen tramo cuando se dieron cuenta de que Berta no estaba, así que, bastante preocupados, decidieron regresar a buscarla.

Mientras tanto, Berta había hallado su cometa, pero como después no vio a nadie, se puso a llorar... De repente, se le apareció una princesa vestida con atuendo indígena, que le dijo:

—Buenos días. Soy la Guardiana del Ilaló, y yo misma hice volar tu cometa hasta aquí. No llores, pues tus amiguitos ya vienen a buscarte. Cuéntales que me viste; diles que estoy feliz porque todos cuidan a la naturaleza. Para que no crean que eres mentirosa, te entrego estas piedras preciosas, se llaman obsidianas; alcanzarán para todos.

Diciendo esto, la princesa desapareció.

Cuando los niños escucharon el relato de Berta quedaron sorprendidos. Hasta hoy guardan las obsidianas como recuerdo de aquel suceso extraordinario y siempre van de visita al monte, con la ilusión de encontrarse con la Guardiana del Ilaló.

María Eugenia Paz y Miño (1959). Escritora, ensayista y antropóloga ecuatoriana. Ha publicado *Siempre nunca*, *Golpe a golpe*, *El uso de la nada*, *Tras la niebla*, entre otras obras.

Donde viven los monstruos

Maurice Sendak

La noche que Max se puso un traje de lobo, y comenzó a hacer una travesura tras otra, su mamá le dijo: “¡eres un monstruo!”. Max le contestó: “¡te voy a comer!”, y lo mandaron a la cama sin cenar.

Esa noche, en la habitación de Max nació un bosque. Y el bosque creció y creció hasta que el techo se cubrió de enredaderas y las paredes se transformaron en el mundo a su alrededor. De repente apareció un océano y Max navegó día y noche en su bote durante varias semanas, casi más de un año, hacia donde viven los monstruos.

Cuando llegó al lugar donde viven los monstruos, estos emitieron unos horribles rugidos, crujieron sus afilados dientes, lo miraron con ojos centelleantes y le mostraron sus terribles garras, hasta que Max dijo: “¡quietos!”, y los domó con el truco mágico de mirarlos fijamente a los ojos sin pestañear. Los monstruos se asustaron tanto que dijeron que él era el monstruo más monstruo de todos.

Por esto, lo nombraron rey de todos los monstruos. “Y ahora”, gritó Max, “¡que comiencen los festejos!”. Luego gritó “¡Basta ya!”, y ordenó a los monstruos que se fueran a la cama sin cenar. Y Max, el rey de todos los monstruos, se sintió solo y deseó estar en un lugar donde hubiera alguien que lo quisiera más que a nadie.

De repente, desde el otro lado del mundo le llegó un rico olor a comida, y renunció a ser rey del lugar donde viven los monstruos. Pero los monstruos gritaron: “¡Por favor no te vayas, en verdad te queremos!”, a lo cual Max respondió: “¡no!”. Los monstruos emitieron unos horribles rugidos, crujieron sus afilados dientes, lo miraron con ojos centelleantes y le mostraron sus terribles garras, pero Max subió a su bote y se despidió de ellos.

Y navegó de regreso casi más de un año, por varias semanas y durante todo un día, hasta llegar a la noche de su propia habitación, donde encontró su cena, que aún estaba caliente.

Tomado de <https://bit.ly/2AcGisL> (14/05/2018)

Maurice Sendak (1928-2012). Ilustrador y escritor estadounidense de literatura infantil. Ha diseñado animaciones para la televisión, como *Really Rosie*, escenografías, para el *Cascanueces* de Tchaikovski, y adaptaciones teatrales, como *Donde viven los monstruos*.

